



carácter señero y el porqué es una referencia obligada para todo aquel que pretenda comprender el discurrir sociopolítico moderno, así como la relación recursiva que existe entre los movimientos sociales y los regímenes políticos.

*Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook* fue escrito por Tilly como una forma de exorcizar la angustia que le generó la noticia de haber sido diagnosticado con cáncer. En este texto –estructurado en siete capítulos– se planteó como interrogante principal “¿Por qué los movimientos sociales son tan parecidos en todo el mundo y cómo y por qué se han convertido [...] en una de las principales plataformas de acción política en todo el planeta?” Para responder a dicha pregunta Tilly recurrió –fiel a su rigor metodológico– a la revisión de una vasta evidencia empírica de más de 200 años de movilización sociopolítica en diversas partes del mundo, hecho que le permitió inferir que la configuración de los movimientos sociales, como procesos de larga duración, obedece a tres factores interrelacionados: 1) el desarrollo de las *campañas*; es decir, la interacción sostenida entre los actores movilizados, sus sujetos de reivindicación y el público; 2) el uso combinado de diversos *repertorios de confrontación*; y 3) las manifestaciones públicas y concertadas del *valor, unidad, número y compromiso* (WUNC, por sus siglas en inglés). Estos tres ingredientes han sido la huella distintiva de los movimientos sociales, desde su génesis, en las últimas décadas del siglo XVIII, hasta nuestros días. En el primer capítulo de la obra Tilly presenta los preceptos teóricos que guían su análisis en el transcurso de toda la obra y subraya cómo a pesar de que los movimientos sociales, como artificio político, cuentan con su propia historicidad, no pueden ser analizados al margen del desarrollo y la lógica de las otras formas de contienda política.

En el segundo apartado, por medio de la inmersión histórica efectuada, el autor asevera que si bien en la primera mitad del siglo XVIII se presenta una clara efervescencia sociopolítica –como las descritas por él en lugares como Boston, Londres y Charleston– no hay rastros determinantes que autoricen a infe-

rir la existencia de movimientos sociales. En este sentido, para el sociólogo la acción colectiva tradicional está sellada por la acción directa, por la costumbre local (tal como el trabajo descollante de E. P. Thompson también lo revela). Así, por ejemplo, la gente aprovechaba la celebración de las fiestas patronales, los funerales o las asambleas parroquiales para hacer reivindicaciones políticas, o bien provocar incendios, realizar caceroladas, serenatas o saqueos de casas como una forma de manifestar su agravio. Con el paso del tiempo, los *repertorios de confrontación* —es decir, los métodos de lucha— se tornaron *modulares*, lo cual supone que pueden ser reproducidos por otros sujetos colectivos, con distintos proyectos políticos o demandas y en otra dimensión espacio-temporal. La *modularidad*, por consiguiente —dice Tilly— es el ingrediente que delimita a la acción colectiva premoderna de la moderna. Esta relevante transformación obedeció a procesos como la guerra, la expansión del capital —y junto con ésta, la dinámica de proletarización— y el fortalecimiento del Parlamento como actor decisivo y como sujeto de reclamos populares. Según él, fueron los abolicionistas británicos los inventores de los movimientos sociales en los albores del siglo XIX.

Continuando con este argumento, el capítulo tercero constituye una exploración histórica sobre la disrupción colectiva en naciones como Francia, Bélgica, España, Gran Bretaña y Estados Unidos. De nueva cuenta es la evidencia empírica la que posibilita a Tilly apreciar cómo la cultura fue el sustrato sobre el cual muchas formas organizativas encontraron una forma, un molde, tal como lo revelan las manifestaciones callejeras efectuadas en Irlanda a inicios del siglo XXI y que tienen como precedente las viejas procesiones religiosas decimonónicas. A partir de lo expuesto, se puede inferir que la experiencia organizativa está labrada por elementos tradicionales y modernos, en donde los sujetos movilizados despliegan prácticas y convenciones aceptadas por los mismos grupos dominantes para exigir sus propias demandas.

En el capítulo cuarto describe los caminos erigidos por los sujetos colectivos durante el siglo xx. Dentro de esta vorágine sociopolítica Tilly destaca cómo los años 1968 y 1989 representan una oleada movilizatoria medular en la histórica contemporánea. Por una parte, *el 68* dio pie al nacimiento de los llamados “nuevos movimientos sociales”, mientras que 1989 constituye la participación política por la apertura democrática en los regímenes socialistas de Europa del Este. En este mismo capítulo el autor subraya cómo el desarrollo de los medios de comunicación se ha convertido en una parte fundamental para los actores colectivos en la difusión de sus campañas. Sin embargo, a diferencia de otros analistas, él no sobredimensiona la importancia del desarrollo tecnológico en el quehacer sociopolítico; según el autor la clave para comprender las modificaciones de los movimientos radica en la especificidad política y cultural, no meramente en los componentes mediáticos. Uno de los puntos más sobresalientes de este apartado estriba en la concepción dual que le da este sociólogo a todo movimiento social: universal y particular, tanto en sus prácticas como en sus significados, ya sea en el ámbito internacional o en el local.

El avance tecnológico, la dinámica de la globalización, la internacionalización de los movimientos sociales en el siglo xxi son los temas que hilvanan el capítulo quinto, único cuya autoría corrió a cargo de Lesley Wood, discípula de Tilly. Ella asume una postura escéptica sobre el peso de las nuevas tecnologías –internet, telefonía celular, *blogs*, redes sociales– en los contextos de movilización; menciona que cualquiera que sea la influencia de la tecnología está mediada por factores políticos, históricos y culturales, así como por las competencias de los actores sociales, por sus prácticas y por su experiencia organizativa. Wood observa que el uso político de las tecnologías está provocando un proceso de segregación entre los movimientos sociales –quiénes tienen acceso a las nuevas tecnologías y quiénes no. Esta mirada cautelosa también es desplegada cuando se habla de la internacionalización de la acción colectiva, la cual no es un fenómeno nuevo que, a pesar de su

existencia, no ha impedido que el marco reivindicativo siga siendo en muchos casos el Estado-nación. La tendencia, no obstante, es la creación de organizaciones no gubernamentales internacionales (ONGI) que acompañan a los sujetos sociopolíticos y que contribuyen a la difusión de sus demandas y a la construcción de alianzas con otros actores, así como también a la formación de organizaciones del Movimiento Social Transnacional. Estas modificaciones en los patrones de la acción colectiva aún distan de ser un fenómeno consolidado y de alcance global.

El capítulo seis constituye una de las vetas más sugerentes de la obra, al presentar una problematización sobre la relación entre movimientos sociales y democratización. Las preguntas formuladas son: ¿qué provoca la correspondencia entre democratización y acción colectiva?; ¿en qué medida y cómo influye la democratización en el nacimiento y el desarrollo de los movimientos?; ¿de qué modo la movilización sociopolítica contribuye a la edificación democrática? En primer lugar, la correspondencia entre movimientos sociales y democratización es incompleta. La tesis seminal de este vínculo lleno de fisuras es que en aquellos lugares donde la democracia no ha logrado calar, los movimientos sociales siguen siendo escasos. Por consiguiente, los regímenes democráticos son factores que posibilitan la disrupción colectiva. En segunda instancia, no todos los actores sociopolíticos nacen y luchan explícitamente por la construcción democrática. Más allá de estas aseveraciones teóricas, resulta importante establecer cómo la eclosión de la movilización colectiva se basa en el goce de las libertades fundamentales –libertad de asociación, de expresión, de manifestación– mismas que son el sustrato de todo régimen que se presume democrático. Asimismo, es relevante destacar la forma en que los actores colectivos han contribuido a lo largo de la historia a la construcción y la expansión de la esfera pública.

El último capítulo es una reflexión sobre la tendencia de los movimientos sociales en el futuro. Según Tilly es necesario dis-

cernir entre las posibles trayectorias que los sujetos organizados pueden tener –en las escalas local, regional, nacional e internacional– y sus alcances –transformación, expansión, institucionalización, contracción, extinción. Bajo una óptica desencantada, el sociólogo traza posibles escenarios de los movimientos: 1) *internacionalización*: aunque será más lenta y menos generalizada de lo que muchos analistas esperan, esta dinámica no se detendrá en las décadas subsecuentes; 2) *declive de la democracia*: habrá un cierto declive en las democracias consolidadas, lo cual implica que se presentará una mengua de la presencia y eficacia de los movimientos, y un avance en aquellos regímenes de corte autoritario; 3) *profesionalización de los activistas*: supondrá la institucionalización de los movimientos, la burocratización y la disminución de la espontaneidad y de la innovación de la acción colectiva; y 4) *triunfo*: muy poco probable.

En suma, este libro es una muestra no sólo del insoslayable andamiaje epistemológico entre historia y sociología, sino también de cómo la construcción teórica se nutre de la evidencia empírica. Es la ilustración de la dualidad de la mirada de Tilly: su interés por encontrar estructuras, patrones, de la movilización social a lo largo del tiempo, sin que ello signifique soslayar su especificidad política y cultural, su historicidad.